

Razones del positivismo y el antipositivismo sui generis en América Latina¹

Pablo Guadarrama González

El tránsito de la historia del pensamiento filosófico latinoamericano de la segunda mitad del siglo XIX hacia el siglo XX estuvo marcado primero por el auge de un positivismo sui generis,² y luego por una reacción no menos sui generis ante él, que se radicalizó mucho más durante las tres primeras décadas de esa última centuria.

Las tendencias reactivadoras de la metafísica y la filosofía religiosa en esa época, así como el auge que comenzaron a tomar paulatinamente las nuevas ideas de corte irracionalista y vitalista, vieron en el positivismo un serio obstáculo a superar, dada su proclamada postura estimuladora de las ciencias.

La mayor parte de las manifestaciones de la vida filosófica, científica, artística, pedagógica, jurídica, política, moral del mundo latinoamericano estuvieron permeadas de algún modo por el enfoque positivista que pretendía concebir al hombre exclusivamente como objeto de análisis científico, sesgado por el enfoque de las ciencias naturales y en especial referido a los estrechos parámetros de la biología decimonónica.

Este hecho provocaría una reacción inmediata entre aquellos que, más allá del enfoque descriptivo, explicativo y predictivo, comenzarían a plantearse una mejor percepción de lo humano en la cual la comprensión, la valoración y la interpretación contribuirían a una visión más holística, compleja e integral del hombre y su historia.

Como sostiene Adriana Arpini: “El siglo XX filosófico se abrió con el esfuerzo de superación del positivismo que había prevalecido en las últimas décadas del siglo anterior, fungiendo como medio intelectual, político y pedagógico de progreso y advenimiento a la modernidad. Bajo la impronta de ideas positivas se dinamizó el abandono del régimen colonial y el tránsito hacia una situación de «capitalismo periférico», especialmente en aquellos países donde la economía fue organizada por sectores sociales emergentes que fueron exitosos en su capacidad de responder a las demandas de productos primarios en el mercado mundial. Sin embargo, ese proyecto modernizador no terminó de cuajar y el positivismo dejó ver sus limitaciones para dar cuenta de procesos históricos, sociales, políticos y culturales emergentes en las primeras décadas del siglo XX.”³

A juicio de Roberto Salazar y Germán Marquínez Argote:

De sur a norte del continente latinoamericano un conjunto de pensadores se darán a la tarea de demostrar la inactualidad del positivismo, de demostrar sus inconsistencias conceptuales y de señalar sus desfases históricos. Será necesario para ello, la inversión

¹ P. Guadarrama, “Razones del positivismo y el antipositivismo sui generis en América Latina” en *Cuadernos americanos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México D.F, 2011, Año XXV. Vol., 3, n 137. pp. 125-149; <https://www.ensayistas.org/filosofos/cuba/guadarrama/textos/Pensamiento%20II.pdf>

² Véase: P. Guadarrama, *Positivismo en América Latina*. Bogotá, Universidad Nacional Abierta a Distancia. 2001, *Antipositivismo en América Latina*. Universidad Nacional Abierta a Distancia. Bogotá. 2001. *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana. 2004, <http://biblioteca.filosofia.cu/php/export.php?format=htm&id=231&view=1>

³ A. Arpini. “De la superación del positivismo a la filosofía de la liberación”. R. Fonet-Betancourt y C. Beorlegui. Edición. *Guía Comares de filosofía latinoamericana*. Editorial Comares S.L. Granada. 2014. p. 116.

de la *episteme* instaurada por el pensamiento positivista, decretar su ingenuidad epistemológica y denunciar su precariedad metafísica. La verdad no habría que buscarla ya más en el orden del objeto, sino en el orden del discurso. Así, frente al relato positivista de la emancipación mediante el progreso indefinido sustentado en las ciencias, será imprescindible otro relato, el de la emancipación del hombre por la vía de la metafísica, de la estética y de la filosofía. Si en la narración positivista el progreso moral y el progreso intelectual redondeaban la faena de la emancipación colectiva del hombre, en la nueva *episteme* el progreso del hombre estará supeditado por la metafísica.⁴

Los cultivadores del positivismo sui generis latinoamericano se habían aproximado más al *materialismo científico natural* o *espontáneo*,⁵ al optimismo epistemológico, al anticlericalismo, y, en algunos casos, al ateísmo, al liberalismo y al completamiento de la construcción de la modernidad con radicales críticas al capitalismo —especialmente en su fase imperialista, dada su ideológica identificación con la etapa premonopolista de esa sociedad—, e incluso hasta llegaron a reconocer la justificación del ideario socialista, como se observa en Ingenieros y Varona.

En Latinoamérica se produjo cierta metamorfosis del positivismo en relación con su significación ya en la segunda mitad del siglo XIX en Europa, donde ya emergían con mayor fuerza las ideas socialistas y marxistas que propugnaban una sociedad superior al capitalismo y la ideología del liberalismo que trataba de apuntalarlo⁶—en tanto que aquí esta tarea eran aún demasiado incipiente—,⁷ por lo que al tratar de impulsar transformaciones por un nuevo orden social, aun cuando fuese en los marcos capitalistas, el positivismo desempeñaría en estas tierras un sui generis carácter progresista.⁸

El positivismo era una filosofía optimista, llena de confianza en el hombre, en la capacidad creativa de su pensamiento, en la cultura, en la ciencia, en la ilusión del progreso, como plantea Domenico Maddaloni⁹ y el desarrollo industrial; una filosofía aliada en cierta forma con el liberalismo y defensora de la democracia burguesa. Esas ideas resultaban muy avanzadas para los países latinoamericanos, en su mayoría recién liberados del colonialismo español. Estaban enfrascados entonces en profundas luchas entre las oligarquías retrógradas y la naciente burguesía nacional. Con razón sostiene

⁴ R. Salazar, y G. Marquínez. “Antipositivismo, metafísica y ontología”. En Marquínez. G. y otros. *La filosofía en América Latina*. Bogotá, Editorial El Búho. 1993, p. 188.

⁵ Lenin concibió este tipo de materialismo como la “convicción espontánea, no reconocida, difusa, filosóficamente inconsciente, propia de la aplastante mayoría de los naturalistas, acerca de la realidad del mundo exterior”. V.I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, en *Obras Completas*, Editorial Pueblos Unidos, 1959. T. XIV, p. 331. <http://www.filosofia.org/enc/ros/materia.htm>

⁶ Véase: J. Brown, *La dominación liberal. Ensayo sobre el liberalismo como dispositivo de poder*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014.

⁷ Véase: P. Guadarrama, *Marxismo y antimarxismo en América Latina*. Bogotá, UNINCCA. 1990, México, Ediciones El Caballito. La Habana, Editora Política. México DF. 1994.

⁸ “En toda Latinoamérica el positivismo se concibe como la doctrina que puede proporcionar un nuevo orden social que ayude a progresar al Estado y con él al pueblo mismo”. M. Magallón, y J. Escalante. en Dussel, E.; C. Mendieta y C. Bohórquez. México-Buenos Aires-Madrid. *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino”*. CREAL-Siglo XXI. 2009, p. 223.

⁹ D. Maddaloni. *La ilusión del progreso. La sociología y las teorías de la evolución*. Planeta. Bogotá. 2013.

Leopoldo Zea que “El proyecto ilustrado de Bolívar se transforma en civilizador; proyecto que llevará a su máxima expresión el positivismo”.¹⁰ Mucho mayor sería su impacto en países, que aún eran colonias; por tal razón, las ideas de quienes se identificaron en distinto modo con él —como Manuel Sanguily,¹¹ Enrique Piñeiro,¹² su principal representante en la mayor de Las Antillas, Enrique José Varona,¹³ y Eugenio María de Hostos¹⁴ en Puerto Rico— fueron generalmente estigmatizadas por el poder colonial, dada sus respectivas posturas independentistas, e incluso a inicios del siglo XX, con la intervención norteamericana en ambos países, una significativa representación de su intelectualidad formada en el positivismo, encontrará en esta filosofía suficientes razones y argumentos para tratar de construir alternativas de desarrollo soberano para estas islas¹⁵ y Latinoamérica en general.

Por tal razón, no se entiende por qué razón Carlos Beorlegui plantea que en “[...] Cuba, la oposición se justificó porque el positivismo apoyaba la continuación de la dominación española”.¹⁶ En verdad el positivismo sui generis estimuló en aquella generación finisecular cubana¹⁷ la búsqueda de alternativas propias para la conquista de mayor independencia y soberanía, a partir del criterio de que estos países podrían construir alternativas propias de desarrollo concebidas para la época del capitalismo premonopolista aún liberal en el estilo decimonónico, pero sus añoranzas se destruyeron

¹⁰. L. Zea, “El positivismo”, en *Pensamiento positivista latinoamericano*. Caracas, Biblioteca Ayacucho. 1980, p. XVIII.

¹¹. Véase: P. Guadarrama, “El positivismo de Manuel Sanguily”. Santa Clara. *Islas*. Revista de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas. # 64. 1979, pp.155-184.

¹². Véase: P. Guadarrama, “El papel de Enrique Piñeiro en la introducción del positivismo en Cuba”. *Islas* # 65. 1980, pp.157-170.

¹³. Véase: P. Guadarrama, y E. Tusell. *El pensamiento filosófico de Enrique José Varona*. La Habana, Editora Ciencias Sociales. 1987.

¹⁴. Véase: P. Guadarrama, “Hostos y el positivismo sui generis latinoamericano.” *Revistas de Historia de la Educación Latinoamericana*. Doctorado en Ciencias de la Educación. Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. 2004, pp. 209-234.

¹⁵. Véase: P. Guadarrama, “El legado filosófico del Caribe hispano en el siglo XX”, en *El legado filosófico español e hispanoamericano en el siglo XX*. Colectivo de autores. Coordinadores M. Garrido; N. Orrigner; L. Valdés y M. Valdés. Madrid, Ediciones Cátedra (Anaya, S. A). 2009, pp. 1249-1162.

¹⁶. C. Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*. Bilbao, Universidad de Deusto. 2004, p. 331.

¹⁷. Véase: P. Guadarrama, “Algunas particularidades del positivismo en Cuba”, *Islas* # 76, Santa Clara, 1983, pp. 103-124; Boletín de Información Bibliográfica del Departamento de Educación Interna del PCC, La Habana, n. 3, 1983, pp. 60-87.

con el advenimiento del monopolismo imperialista¹⁸ y mucho más con el auge de la ideología neoliberal.¹⁹

Es cierto que en algunos países como México, Brasil y Chile, una mayor influencia de Comte —a diferencia del resto del continente, donde Spencer tuvo mayor recepción, como reconociera Martí—²⁰ propició que un pensamiento autoritario y de raigambre militar, en el cual el *orden* se exigiría como condición indispensable del *progreso*, encontrara alguna acogida. Este hecho evidencia ciertas diferencias entre los que entonces propiciaban la ideología liberal y algunos de los que se identificaban con el positivismo, lo que “llevó muchas veces —pero no siempre— a los positivistas a alinearse con gobiernos dictatoriales”,²¹ como acertadamente sostiene Carlos Rojas Osorio. No se debe olvidar que en determinadas caóticas circunstancias, también El Libertador justificó como necesaria la dictadura.

Es significativo que el cubano Andrés Poey, discípulo de Comte, intentase inútilmente, antes del inicio de las guerras por la independencia en Cuba, propagar las ideas del pensador francés,²² y haya encontrado resistencia por parte de las autoridades coloniales por considerarlas subversivas. Con las reformas y relativas libertades que se vio obligada España a conceder al terminar la primera guerra independentista, tomaría

¹⁸. “Aunque es preciso aclarar que si bien el positivismo sirvió como cohesionador de los diversos intereses de las fuerzas sociales dominantes en la conformación de los Estados nacionales, sería ingenuo pensar que esta filosofía se desarrolló de manera uniforme en todo el continente, pues las condiciones socioeconómicas no fueron las mismas, además de que la realidad llamada imperialismo ensombrecía el supuesto orden y progreso que proponían los positivistas”. http://www.cialc.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/positivismo_latinoamericano.htm

¹⁹. “La burguesía en su ascenso vertiginoso necesitaba forjar con solidez las bases ideológicas de sus transformaciones y posteriormente de su triunfo revolucionario, y muchos pensadores de la nueva época se dedicaron a lograr la consolidación del aparato teórico y filosófico del liberalismo que debía sustentarle. Algo muy distinto sucede en la actualidad respecto al papel de la filosofía en tiempos de globalización posmoderna”. P. Guadarrama, *Cultura y educación en tiempos de globalización posmoderna*. Bogotá, Editorial Magisterio. 2006, p. 91.

²⁰. “De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a puño de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vibrante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; (...)” J. Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial Ciencias. Sociales, 1975, T. VI, p. 139.

²¹. “Este contraste muestra a la luz del día el hecho de que el positivismo significó, por lo general, un movimiento de conservadurización dentro del liberalismo.” C. Rojas Osorio, *Filosofía moderna en el Caribe hispano*. México, Universidad de Puerto Rico. Editorial. Porrúa. 1997, p. 153.

²². Véase: P. Guadarrama, “El positivismo comtiano de Andrés Poey”, en *Islas # 72*. Santa Clara, Revista de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas. 1982, pp. 61-84.

auge el positivismo, pero de orientación spenceriana, que al inicio de la vida republicana sería abandonado y también debidamente enjuiciado.²³

Se debe tener presente lo indicado por Adalbert Dessau en cuanto a que las distintas corrientes de la ideología liberal se desarrollan en América Latina en el mismo período del triunfo del capitalismo, pero a la vez, en el que se da inicio a una nueva época de complicados procesos contradictorios en su seno,²⁴ tanto de expresión de una naciente burguesía nacional que a la larga quedará aplastada por los poderes monopólicos transnacionales, como de sectores populares, campesinos, indígenas, obreros, etc., que insistirán en el completamiento del proceso independentista con una mayor justicia social.

En sentido general, esta filosofía desempeñó una función progresista en América Latina, pues sintetizaba las aspiraciones de la débil burguesía nacional, que en esta región pretendía sustituir las caducas relaciones precapitalistas de producción y estimular el desarrollo tecnológico e industrial como premisa indispensable para alcanzar, en todos los planos, una verdadera independencia de los pueblos latinoamericanos.

Si algo tuvo también de sui generis el positivismo latinoamericano fue no identificarse con la tesis sobre el posible debilitamiento de la filosofía y prácticamente su disolución con el auge de las ciencias particulares. En ese sentido, sus ideas articularon mejor con la nueva generación antipositivista sui generis que trató al máximo de revalorizar la dignidad de la actividad filosófica.²⁵

Por otra parte, los seguidores del positivismo en América Latina no siempre se mantuvieron, hasta los últimos momentos de sus respectivas vidas, identificados con dicha filosofía, pues también se percataron de muchas de sus insuficiencias y de la nueva metafísica que formulaba; por tal razón, se incorporaron con agrado a la generación antipositivista²⁶.

²³. “Los positivistas cubanos no se mantuvieron fieles a todos los principios de esa filosofía y en muchos aspectos la criticaron y superaron”. P. Guadarrama, “Etapas principales del desarrollo del pensamiento filosófico en Cuba”, en *El pensamiento filosófico en Cuba. Siglo XX (1900-1960)* (Colectivo de autores dirigido por Pablo Guadarrama y Miguel Rojas). Universidad Autónoma del Estado de México. 1995; Editorial Félix Varela. La Habana. 1998. Editorial Pueblo y Educación. La Habana. 2002. p. 48.

²⁴. A. Dessau, “Die bürgerliche Ideologie unter den Bedingungen der Herausbildung des Imperialismus und des Heranreifens der allgemeine Krise des Kapitalismus” en *Politische-ideologische Strömungen in Lateinamerika. Historische Traditionen und aktuelle Bedeutung*. Berlin. Akademie Verlag. 1987, p. 152.

²⁵. “Entre los rasgos propios que cabe observar en el antipositivismo figuran: revalorización de la metafísica y la religiosidad, del espíritu y la conciencia; diferencia entre filosofía y ciencia, entre naturaleza y sociedad; humanización de la experiencia y del universo; rescate de la heroicidad. Asimismo en este conglomerado ideológico algunos principios y categorías fundamentales, reñidos con la canónica positivista, como son los de *vida y espontaneidad* (frente al mecanismo y al hábito), *totalidad* (ante el análisis y la descomposición), *libertad* (creativa pero también ordenadora) y *temporalidad* (múltiples dimensiones del tiempo)”. H. Biagini, “Positivismo-antipositivismo”, en *Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales*. R. Salas, (Coordinador). Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. Volumen III. 2005, p. 793.

²⁶. “A pesar del espíritu conservador que caracterizó a los positivistas a principios del siglo XX, es en el seno del propio positivismo donde se fragua la crítica y posterior superación de esta filosofía. Algunos de los más destacados positivistas son los primeros en criticar sus anteriores convicciones y en buscar en

La filosofía positivista en América Latina se había enfrentado a los rezagos de la escolástica, así como a las nuevas formas adoptadas por el idealismo, como el eclecticismo, el hegelianismo, el krausismo y el neotomismo. Esta postura antimetafísica fue un obstáculo para comprender los valores tanto de la filosofía clásica alemana como del marxismo, especialmente en cuanto al enfoque dialéctico que no lo diferenciaron debidamente de otros tipos de filosofías especulativas. La nueva oleada antipositivista hizo revivir algunas de aquellas posturas que habían sido criticadas y se propiciaron nuevamente posturas espiritualistas, idealistas, vitalistas, fideístas y metafísicas.

El positivismo en su modalidad *sui generis* que se desarrolló en Latinoamérica tuvo limitaciones epistemológicas y axiológicas que fueron criticadas oportunamente por una nueva generación filosófica antipositivista *sui generis* también que, desde perspectivas filosóficas e ideológicas muy diferentes, encontró sus puntos débiles y las razones de su necesaria superación.

El positivismo latinoamericano no significó una simple adaptación de una filosofía europea a estas latitudes, como en ocasiones de una manera simplificada se presenta,²⁷ sino una incorporación y recepción creadora; esto es una *re-creación*, con profundos elementos originales, disímiles y renovadores que constituyeron una forma específica de superación de dicha filosofía en el ámbito particular de este continente, como expresión concreta del desarrollo universal de la lucha entre el materialismo y el idealismo filosófico. De este hecho tomó conciencia la generación antipositivista, y aunque tuviera una actitud crítica ante la predecesora, no le dejó de reconocer, con suficientes razones, sus extraordinarios méritos y aportes. Esa fue una de las motivaciones de José Vasconcelos para viajar en 1926 a La Habana a conocer personalmente al ya anciano pero aún vibrante y prolífico Enrique José Varona, a quien ya en la década de los ochenta del siglo XIX se le consideraba uno de los máximos exponentes del positivismo en el ámbito continental.

En cuanto a la correlación entre los fenómenos de la naturaleza y la sociedad, los criterios reduccionistas en el plano epistemológico que predominaron en el positivismo latinoamericano habían estado fundados en su interés por oponerse a las concepciones religiosas sobre el origen del hombre y el desarrollo de la sociedad. En su crítica a este tipo de reduccionismo, la generación antipositivista propició nuevamente que las concepciones creacionistas y religiosas, en general, pudieran encontrar un terreno más favorable para su despliegue. Esto no significó en modo alguno que de manera unánime la nueva generación se encaminara hacia el cultivo de la religiosidad, pero indudablemente se dieron condiciones mucho más favorables que en tiempos de predominio del positivismo para que esta reverdeciera.

el mercado filosófico de la época nuevas ideas y teorías alejadas de los errores de la doctrina positivista que propusieron modos de ver el mundo más acorde con los cambios sociales necesarios en Hispanoamérica. Muchos de quienes realizaron la crítica al positivismo decimonónico fueron, además, grandes educadores empeñados en llevar a cabo una revolución educativa y en construir un ambicioso movimiento filosófico en las universidades hispanoamericanas". M. Valdés, "El pensamiento filosófico en Hispanoamérica en el siglo XX", en M. Garrido, N. Orringer, L. Valdés y M. Valdés. *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX*. Madrid, Ediciones Cátedra, 2009, p. 1114.

²⁷. "Los pensadores latinoamericanos asimilaron la doctrina positivista, creada por Comte, y la aplicaron a nuestra realidad". *El positivismo*. <http://elpositivismo.blogspot.com/>

Los positivistas latinoamericanos no escaparon del enfoque reduccionista que significa el darwinismo social;²⁸ sin embargo, no siempre compartieron las tesis racistas en relación con los pueblos latinoamericanos que se derivan de tales concepciones, y aun en los casos en que llegaron a identificarse con algunas de ellas, como Sarmiento²⁹ o Deústua,³⁰ apreciaron en la educación y otras instituciones civiles la posibilidad de lograr cierto perfeccionamiento de las diferencias entre los distintos grupos humanos. En la nueva generación antipositivista estas posturas socialdarwinistas no se abandonarían del todo, pero no evidenciarían ya un matiz tan biológico como era común con anterioridad, sino que tomarían nuevas tonalidades en correspondencia con las formas del vitalismo y el irracionalismo que trataban de fundamentarlas.

La filosofía positivista había constituido una manifestación auténtica³¹ para el pensamiento y el ambiente cultural latinoamericano de su época, pues era la que mejor se correspondía con las exigencias socioeconómicas, políticas, educativas y culturales de estos países en esa época. Ante el paulatino auge que irían tomando nuevas y viejas formas renovadas del irracionalismo, parecía el positivismo la opción filosófica más adecuada a la exigencia de aquellos tiempos; sin embargo, pronto se observó la metamorfosis que se operó en las posturas irracionistas también en estas tierras latinoamericanas y se pudo apreciar como muchas de sus tesis fueron esgrimidas en función de una renovación de la cultura y del hombre latinoamericanos.

Los positivistas ya habían contribuido a que la intelectualidad latinoamericana se preocupara algo más con criterio científico por la realidad nacional en todos sus planos de análisis histórico, geográfico, antropológico, sociológico, etc. Por tanto, sin duda,

²⁸. Véase: P. Guadarrama, “Crítica de los reduccionismos epistemológicos en las ciencias sociales”. *Revista Cubana de Ciencias Sociales*. Instituto de Filosofía. La Habana, Octubre 2007-septiembre 2008. pp. 171-183. <http://www.revistas.luz.edu.ve/index.php/rf/article/viewFile/3521/3426>

²⁹. “¿Por qué la raza sajona tropezó con este pedazo de mundo que también cuadraba con sus instintos industriales, y por qué a la raza española le cupo en suerte la América del Sur, donde había minas de plata y de oro e indios mansos y abyectos que venían de perlas a su pereza de amo, a su atraso e ineptitud industrial? ¿No hay orden ni premeditación en todos estos casos? ¿No hay providencia? ¡Oh!, amigo, Dios es la más fácil solución de todas estas dificultades.” I. Anderson, *Genio y figura de Sarmiento*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de 1967, p. 84.

³⁰. “Por la ignorancia de nuestro estado y de nuestras necesidades, por la inercia característica de nuestra raza para estudios serios y profundos (P.G.G.), por la falta de espíritu científico de nuestros hombres públicos, por ese amor a las analogías e imitaciones nacido de las causas anteriores, por esa frivolidad de carácter que nos hace vivir de las apariencias; en una palabra, por la falta de educación en nuestras clases dirigentes, nada se ha hecho hasta hoy que signifique un plan de materia tan grave y de la cual depende exclusivamente la felicidad nacional”. A. Deústua, “El problema pedagógico nacional”, en *Pensamiento pedagógico de los grandes educadores de los países del Convenio Andrés Bello*. Convenio Andrés Bello. 1995, T. II. p. 623.

³¹. “En la historia universal una filosofía ha sido original y auténtica no cuando ha planteado simplemente ideas nuevas, sino cuando estas se han correspondido con las exigencias históricas de su momento en los diferentes planos, sociopolítico, económico, ideológico y científico”. P. Guadarrama, *Pensamiento filosófico latinoamericano. Humanismo, método e historia*. Bogotá, Università degli Studi di Salerno- Universidad Católica de Colombia-Editorial Planeta. Tomo I. 2012. p. 80.

contribuyeron también en el plano educativo a un mejor conocimiento de *Nuestra América*, y esa herencia, reivindicativa de los valores propios, no se perdió; al contrario, se enriqueció y fortaleció en la generación antipositivista sui generis que, enfrentándose a la xenofilia cultural reinante, especialmente de orientación anglosajona, contribuyó dignamente a la labor enaltecedora de la memoria histórica latinoamericana. Es muy frecuente considerar que solo el pensamiento que se enfrentó al de la etapa de predominio del positivismo atendió preferentemente los valores de la cultura latinoamericana, cuando en verdad existen múltiples pruebas para demostrar que tal preocupación también estuvo en cierto modo presente en la generación positivista.

El romanticismo³² y el irracionalismo se encargaron de sugerir la idea de que el hombre no puede ser sometido ni al simple análisis de un laboratorio, ni a las frías estadísticas de los enfoques sociológicos estrechos, como acostumbraban los enfoques positivistas, cuando se trata de comprender las razones de su actuación.

La mayor parte de los más destacados pensadores latinoamericanos de la generación de fines del XIX se habían formado bajo la influencia del positivismo, y llegaron a reconocerle algunos méritos a esta filosofía, pero a la vez muchas limitaciones³³, por lo que, aunque llegasen a admirar algunas de sus tesis, como su culto al papel de las ciencias, no todos se dejaron seducir íntegramente por ella. Ni siquiera algunos de los que llegaron a asumir plenamente las tesis principales del positivismo, como Justo Sierra o Enrique José Varona,³⁴ se mantendrían al final de sus vidas totalmente identificados con él.

Una ruptura más temprana con el positivismo se produciría en la generación más joven, en la que se destacaron, entre otros, José Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, José Enrique Rodó, Alejandro Korn, Alejandro Deústua, Carlos Vaz Ferreira, Raymundo de Fariás Brito y Enrique Molina, quienes recibieron también el impacto del auge de las ideas positivistas en aquella época, y sin embargo, no se dejaron seducir por esa filosofía, aunque le hayan reconocido extraordinarios valores.

La generación de jóvenes educados en el seno del pensamiento positivista predominante asumió una actitud autocrítica significativa que implicaba una seria ruptura con la generación que les había iniciado en los caminos de aquella filosofía, tal vez por considerar que su reflexión antropológica era insuficiente³⁵. Sin embargo, tal divorcio no se produjo de manera irreverente.

La mayoría de los nuevos pensadores, que a sí mismos se consideraron neoidealistas, vitalistas, historicistas, etc., y gestores de una nueva forma superior de cultivar el humanismo —en el que se le otorgaba una gran significación al momento estético de la creación humana— reconocieron siempre los aportes del positivismo. Tal vez en este aspecto sea necesario destacar una actitud también sui generis en esta

³². “El romántico dejó de buscar un principio de orden en el mundo exterior y comenzó a buscarlo en sí mismo. Tal actitud se vio reforzada por el abandono de la razón como herramienta que permitía descubrir ese orden, apelando en consecuencia al sentimiento y a la intuición”. M. Pena de Matsushita, *Romanticismo y política*. Buenos Aires, Editorial Docencia. 1985, p. 32.

³³. Véase: L. Zea, (Prólogo) *Pensamiento positivista latinoamericano*. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1980.

³⁴. P. Guadarrama, “Die philosophische Auffassung Enrique José Varonas über die gesellschaftliche Entwicklung”. Berlin, *Referateblatt Philosophie*. Reihe E. 17. 1981. 2, Bl.15. p. 204.

generación antipositivista —a diferencia de la observada en otras latitudes, donde el positivismo algunas veces fue totalmente anatemizado, propiciadora del engrandecimiento de la cultura filosófica latinoamericana, como se observará en el uruguayo José Enrique Rodó.

Según Guillermo Jorge Silva Martínez:

A pesar de tener una personalidad propia y que las vías usadas por cada uno de los filósofos de la nueva generación serían distintas, existió un factor común que unió a todos ellos, que fue su deseo de superar el positivismo. El enfrentamiento de los latinoamericanos al positivismo provocó que el pensamiento latinoamericano tomara caminos más anchos y profundos, al generar un vigoroso movimiento a favor del interés por la filosofía y la posibilidad de despertar a un pensamiento creador³⁶.

La generación antipositivista se percató de las negativas consecuencias que traía consigo el utilitarismo anglosajón frente a las conquistas del humanismo desalienador cultivado por el pensamiento latinoamericano hasta esa época.

A partir de inicios del siglo XX, la oleada antipositivista sui generis que sacudió la vida intelectual de América Latina se caracterizó por tratar de reivindicar el idealismo y el vitalismo espiritualista frente a lo que comúnmente constituía la vulgarización del materialismo y el biologicismo. Fue sui generis esta reacción contra el positivismo, en primer lugar porque se generó entre intelectuales jóvenes que en su mayoría habían compartido inicialmente la tesis de aquel positivismo sui generis, el cual por muchos elementos comunes que tuvo con el europeo, también se había distanciado sustancialmente de él. Esta nueva generación encontró no solo en nuevas tendencias de la filosofía de orientación vitalista, irracionalista, voluntarista y fideista, como apreciaron en Nietzsche, Bergson, Ortega y Gasset, etc., sino en algunos pensadores latinoamericanos como José Martí que les sugería reflexionar sobre el “hombre natural”³⁷ y las circunstancias históricas específicas de *Nuestra América*, en momentos tan peligrosos para conservar su integridad e identidad, cuando ya el intervencionismo yanqui había dejado ser una simple amenaza y lamentablemente se había convertido en un hecho.

En cierto modo, a esta generación se le puede considerar una especie de *positivistas vergonzantes*, algo similar a lo que en otro contexto Engels denominó *materialistas vergonzantes* al referirse a aquellos que sentían vergüenza de que sus investigaciones científicas les condujeran a posiciones lejanas a la religión y la Iglesia.

La historia se repite más como tragedia que como comedia, y algo similar ocurrió, en otro sentido y época, cuando a fines del siglo XX, tras la caída del Muro de Berlín,

³⁶. G. J. Silva Martínez, “La filosofía antipositivista” en: E. Dussel, E. Mendieta, C. Bohorquez, *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino”*, México, CREFAL, 2009, p. 268.

³⁷. “Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés” J. Martí, *Nuestra América*. http://www.analitica.com/bitblbio/jmarti/nuestra_america.asp.

algunos decepcionados del “socialismo real” confesaron su *mea culpa* como *marxistas vergonzantes*.

Rodó revela un giro distanciado del positivismo cuando considera que uno de los rasgos fisonómicos del pensamiento hispanoamericano, lo constituía la vigorosa manifestación del sentido idealista de la vida con fines espirituales y en contra del interés utilitarista y materialista que había tomado su época.

En la generación antipositivista el concepto de vida no tendría la anterior carga semántica de raigambre biológica manejada por el socialdarwinismo propio de los simpatizantes con el positivismo, sino que comenzaría a acentuarse en él el aspecto irracional, estético y espiritual propio del género humano, según Nietzsche, Dilthey, Bergson, y Ortega y Gasset, entre otros, que parecía haberse descuidado por el positivismo y en sentido general por el materialismo filosófico.

Esa era una de las razones básicas de que tantos intelectuales latinoamericanos de la época se distancien del positivismo, aun cuando reconociesen, a la vez, varios de sus aspectos valiosos, como el caso de Rodó, como se analizará con más detalle a continuación.

Por una parte, destacaban todo lo aprendido del positivismo, aunque a la vez dejaban constancia de las razones de su insatisfacción por no haber constituido esta filosofía una condición suficiente para la comprensión integral de lo humano en sus profundas y complejas determinaciones.

Por regla general fueron suficientemente respetuosos en relación con los aportes de esa filosofía, pero también con valerosa honestidad intelectual supieron criticar todas las insuficiencias que a la vez apreciaron en ella, como se observará en Alejandro Korn.

Ante todo rechazaron aquel reduccionismo positivista que implicaba la hiperbolización del papel del conocimiento científico —esa especie de nueva religión de la ciencia o de la ciencia autoritaria, como le calificaría Popper³⁸— en la valoración de la vida humana. Según ellos, el positivismo, como heredero del racionalismo y el empirismo, extrapoló las potencialidades lógicas y epistemológicas del hombre en detrimento de la comprensión integral de la vida humana, la cual presupone la valoración de elementos emotivos, volitivos, pasionales, etc., y a los que esta filosofía no les otorgó especial atención.

Así mismo se enfrentaron al biologicismo exagerado que implicaba concebir las relaciones humanas en un plano no muy diferenciado del de aquellas existentes en el mundo animal. Sin descalificar los avances de las ciencias naturales y, en particular, las teorías evolucionistas —por el contrario, admitiendo su validez—, la nueva generación antipositivista de pensadores latinoamericanos evitaría los conflictos con la Iglesia y la religión, como había sido frecuente durante la época del anticlerical positivismo.

En general, se caracterizaron por diferenciar adecuadamente el plano filosófico del plano religioso, aunque en algunos, como en el brasileño Farías Brito o en el mexicano Antonio Caso, este último referente, en particular en cuanto a sus críticas al materialismo, estuviese mucho más acentuado que en los demás miembros de aquella generación. La razonable crítica de Caso al reduccionismo positivista, propio del enfoque socialdarwinista, la trasladó injustamente al materialismo filosófico en general. En cierta medida la huella del carácter laico del espíritu moderno se mantendría viva en esta generación antipositivista sui generis.

³⁸. “Este período de la ciencia autoritaria ha pasado y supongo que para siempre, gracias a la revolución einsteniana”. K. Popper, *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*. Paidós. Barcelona, 1997, p. 95.

Las proclamadas *ciencias del espíritu* pretendían hacer en esa época su debut para demostrar la insuficiencia del logicismo y el empirismo positivista. La preocupación axiológica contribuiría así a abrir nuevos caminos en la eterna búsqueda filosófica de una posible naturaleza humana.

El fermento estético de la praxis humana sería llevado a planos privilegiados con el objetivo de demostrar la superioridad cualitativa del ser humano. Y en este aspecto se destacaría toda la generación antipositivista sui generis, si bien algunos, como Deústua o Vasconcelos, llegaron a extrapolar ese elemento en el conjunto de factores que condicionan la actividad humana.

La insistencia en la circunstancialidad específica de la acción humana presuponía impulsar el historicismo como método de análisis del desarrollo social que se diferenciaría de cualquier construcción apriorística de la cual en su crítica la dialéctica no quedaba excluida.

Y tal preocupación por el componente endógeno y el contexto histórico en el análisis filosófico, junto a los componentes ideológicos que animaba a esta nueva generación filosófica —considerada por Francisco Romero, a nuestro juicio incorrectamente, como la de los *fundadores* de la filosofía latinoamericana—, les condujo a la crítica severa a cualquier forma de xenofilia cultural, como la que observaban en el positivismo, que implicase subestimación de las capacidades creativas de los pueblos latinoamericanos y en especial la posibilidad de alcanzar con rigor profesional un reconocimiento del valor de la producción filosófica en Latinoamérica. Sin embargo, no obstante las críticas de Romero al positivismo, a la vez valoró la huella favorable que dejó no solo en el pensamiento filosófico latinoamericano, sino también en otros espacios de la cultura y la vida sociopolítica en esta región.

“Pero la segunda vertiente de esta sensación de fracaso —sostiene Carlos Beorlegui— consistía en darse cuenta de que de este modo no se podía construir una filosofía para Latinoamérica, puesto que no se pasaba de hacer filosofía imitando a Europa, y más en concreto, imitando al mundo anglosajón (como el caso del positivismo). En cambio, con esta generación va a surgir un espíritu renovado que pretendería conseguir una cierta identidad y autenticidad del pensamiento y de la cultura latinoamericana, que no desdeñaría las referencias a Europa y a los Estados Unidos, pero tratará de recoger fundamentalmente los ingredientes de lo propio, incluido lo indígena, para construir una cultura mestiza o especie de «raza cósmica», como sugerirá Vasconcelos”.³⁹

El enfrentamiento a la *nordomanía* —concebida como la exagerada admiración por la cultura europea y norteamericana, en detrimento de la justa apreciación de la cultura latinoamericana— conllevó un impulso considerable a la valoración adecuada de lo nacional, lo popular, lo latinoamericano, a la reivindicación del proyecto bolivariano de integración de estos países y a la estimación de las propuestas martianas de estimular el conocimiento de las manifestaciones culturales de *Nuestra América*, a fin de propiciar la lucha por la conquista de la dignidad de sus pueblos⁴⁰.

³⁹. C. Beorlegui, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano*. Bilbao, Universidad del Deusto. 2004, p. 403.

⁴⁰ “Según los países y las disciplinas o ámbitos se ha dicho que en las primeras décadas del siglo se produjeron movimientos de tipo antipositivista, latinista, indigenista, espiritualista, entre otros. Quiero probar que, grosso modo, estos movimientos son expresiones diversas de un gran fenómeno que es la reivindicación de la identidad continental; ciclo que sucede al anterior, de corte modernizador”. E. Devés. “El pensamiento

Ese elemento afloraría de distinto modo tanto en la primera generación antipositivista como en aquella continuadora de esa labor, en la que se destacaría posteriormente la labor intelectual de José Gaos y Leopoldo Zea, al constituir un movimiento impulsor de los estudios del pensamiento filosófico latinoamericano del cual todos somos herederos en la actualidad por sus aportes y por su contribución a motivar tales estudios en la mayoría de los países del continente.

Si a la generación positivista no le preocupó mucho si su actividad filosófica poseía una raigambre latinoamericana ni si contribuía de algún modo a enaltecer la cultura de esta región —aun cuando era evidente su preocupación por los problemas socioeconómicos de sus respectivos países y de la región—, a la generación antipositivista le fue común la auténtica preocupación por reivindicar los valores de la herencia cultural, y en particular, filosófica nacional y regional.

Se le puede atribuir a la generación antipositivista *sui generis* una actitud más profesional y de consagración a la actividad filosófica,⁴¹ pero eso dista mucho de llegar a plantear que haya sido propiamente la que exclusivamente consagró la filosofía latinoamericana.

La consagración de la producción filosófica en esta parte de América ha sido el resultado de un largo proceso de sedimentación que se inició de manera consolidada y sistemática desde mediados del siglo XVI, —aunque se debe tener siempre presente las reflexiones de dimensión filosófica en el pensamiento amerindio⁴²— se aceleró a partir del XVIII, y llegó a producir en el XIX momentos y personalidades estelares. Nada tiene de extraño que el siglo XX haya dado a luz nuevos filósofos de envergadura, que como otros de épocas anteriores impresionan hoy en día a los investigadores por el vuelo teórico de sus ideas, así como por el grado de originalidad y autenticidad de ellas.

Es cierto que la filosofía en América Latina alcanzó a mediados del siglo XX un indiscutible alto nivel de profesionalidad y riqueza, pero sus referentes no fueron solamente los del pensamiento europeo. Ella supo elevarse sobre otras colinas endógenas que le sirvieron de base, ya que jamás hubiera podido fructificar en un desierto.

Los nuevos representantes de la vida filosófica latinoamericana de esa generación antipositivista *sui generis* de la primera mitad del siglo XX, encontraron un terreno fertilizado por generaciones anteriores de pensadores que prepararon el camino. De otro modo no se entiende el desarrollo del pensamiento filosófico latinoamericano, que nunca ha sido, como algunos han sostenido, una mera reproducción o eco de la filosofía europea, pues incluso comenzó a gestarse antes de su llegada. Este ha sido un referente básico, como es natural, de toda la cultura occidental en la cual se inscribe la historia de las ideas filosóficas latinoamericanas, pero su especificidad ha sido mucho más rica que la simple condición mimética.

Ahora bien, era natural que el grado de madurez y de elaboración teórica de los filósofos latinoamericanos del siglo XX fuese superior al de épocas anteriores, del mismo modo que este fenómeno sucedía en Europa o en cualquier otra parte. Nada tiene de extraño que algunos de ellos hayan causado y aún sigan causando asombro entre

latinoamericano a comienzos del siglo XX: La reivindicación de la identidad”. *CUYO*, Anuario de Filosofía Argentina y Americana, Mendoza. N° 14, Año 1997, p. 17.

⁴¹. F. Larroyo, *La filosofía iberoamericana*. México, Editorial Porrúa. 1978, p. 114.

⁴². Véase: P. Guadarrama, “Humanismo y desalienación en el pensamiento amerindio” en P. Guadarrama, *Pensamiento filosófico latinoamericano. Humanismo, método e historia*. Bogotá, Università degli Studi di Salerno- Universidad Católica de Colombia-Editorial Planeta- T. I. 2012. pp. 127-154.

investigadores europeos que han percibido la dimensión de sus respectivas tallas intelectuales, y en la actualidad resulta imposible justipreciar el avance del pensamiento filosófico mundial desconociendo el digno lugar que ocupan algunos filósofos engendrados y nutridos por la cosmopolita savia intelectual de *Nuestra América*.

La historia de las ideas filosóficas en América Latina sufrió un viraje significativo a partir del conflicto entre las ideas positivistas y la reacción que ellas provocaron. Tanto defensores como críticos de la significación del positivismo en el pensamiento latinoamericano coinciden en que dejó una huella imborrable en el devenir intelectual y no solo en la vida espiritual de la cultura latinoamericana hasta nuestros días.

La mayoría de los nuevos pensadores, que a sí mismos se consideraron neoidealistas, vitalistas, historicistas, etc., y gestores de una nueva forma de cultivar el humanismo y la filosofía, reconocieron siempre los aportes del positivismo al engrandecimiento de la cultura filosófica latinoamericana. Por regla general fueron suficientemente respetuosos en relación con los aportes de esa filosofía, pero también con valerosa honestidad intelectual supieron criticar todas las insuficiencias que a la vez apreciaron en ella.

Ahora bien no todas las reacciones ante el positivismo se desarrollaron con ese nivel de tolerancia y reconocimiento a los aportes de esa filosofía, pues en algunos casos se observaron posturas muy hostiles ante él, a partir del renacimiento de algunas corrientes fideistas, religiosas, místicas que se enfrentaban a todo lo que pudiese ser considerado una herencia del racionalismo y de la ciencia moderna, como pudo observarse entre otros países en el caso de Argentina, como plantea Maritza Muñoz⁴³ y de Cuba⁴⁴.

Ante todo rechazaron el reduccionismo positivista que implicaba la hiperbolización del papel del conocimiento científico en la valoración de la vida humana. Según ellos, el positivismo, como heredero del racionalismo y el empirismo, extrapoló las potencialidades lógicas y epistemológicas del hombre en detrimento de la comprensión integral de la vida humana, la cual presupone la valoración de elementos emotivos, volitivos, pasionales, estéticos, etc., y a los que esta filosofía no le otorgó especial atención, como le criticara José Martí.

Martí conocía muy bien que un traslado descuidado de ideas, independientemente del valioso componente epistemológico que pudiese contener, como era el caso del positivismo, podía traer consecuencias negativas para el desarrollo auténtico de la cultura y la vida político-social latinoamericana. No obstante, reconocía que Comte podía ser incluido entre los grandes pensadores en la historia de la humanidad, al considerarlo entre “los héroes del pensamiento”,⁴⁵ porque estimulaba una filosofía en cierta medida emancipadora frente al oscurantismo medieval y a otros obstáculos que dificultaban la participación de Latinoamérica en la modernidad. Martí se resistía a la frecuente

⁴³ “Las corrientes ocultistas que hicieron su aparición en Argentina en el último tercio del siglo XIX, tanto los espiritistas como la sociedad teosófica, también leyeron en clave espiritual los nuevos descubrimientos de la ciencia, e hicieron suyo un atomismo con proyecciones metafísicas”. M. A. Muñoz Macedonio Fernández, filósofo. *El sujeto, la experiencia y el amor*. Ediciones Corregidor Buenos Aires. 2013. p. 142.

⁴⁴ “A fines de la primera década de este siglo (XX) se crea la *Sociedad Cubana de Espiritistas* que divulgaría las concepciones místicas del francés Allac Kardec (1804-1860). Sus obras fueron publicadas aquí y sus seguidores trataron de penetrar sobre todo en la población mestiza e inculta, aprovechando el sincretismo religioso existente en el país”. P. Guadarrama y M. Rojas. Directores de Colectivo de autores *El pensamiento filosófico en Cuba. Siglo XX. (1900-1960)* Universidad Autónoma del Estado de México. 1995; Editorial Félix Varela. La Habana. 1998. Editorial Pueblo y Educación. La Habana. 2002. p. 105-106.

⁴⁵ J. Martí, *Obras Completas*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales. 1975, XXII, p. 316.

sobrevaloración de la obra del pensador francés y a los intentos de deificación de sus ideas mediante la conformación incluso de iglesias positivistas comteanas, como sucedió en el caso de Brasil y Chile.

Martí criticaba el dogmatismo que caracterizó al positivismo de raigambre comteana al intentar presentarse como la verdad suprema inexpugnable a cualquier tipo de crítica que atentara contra su integridad. Sin embargo, a la vez reconocía el valor epistemológico de la demostración de los *hechos* y de la confianza en el papel de la ciencia propugnado por el positivismo. A su juicio la evidencia debía siempre estar acompañada de la explicación, y esas son las misiones de la ciencia y la filosofía, por lo que sostenía: “El ver de nada me sirve, si no está la explicación de lo que veo, si mi entendimiento no convierte en elemento de juicio la visión. El objeto está fuera de mí; pero la inteligencia del objeto está en mí. Yo me comunico con él. El conocimiento del orden de las comunicaciones es la filosofía, en cuanto al hombre”.⁴⁶

Para Martí el método de análisis positivista no era algo absolutamente novedoso, pues de un modo u otro había existido siempre. El pensador cubano desplegó su distanciamiento respecto al positivismo en diferentes planos, tanto en el ideológico y en el sociopolítico como, de forma imbricada, en el epistemológico y el estético⁴⁷.

Martí se enfrentaba a la pretensión omnisciente del positivismo, que no tomaba en consideración de manera adecuada otros componentes irracionales de la condición humana que constituyen también fermentos indispensables de la actividad intelectual del hombre. Su entrañable amigo, Enrique José Varona, positivista consagrado, con quien polemizó y a quien tanto admiró, destacaba en 1896 la importancia de los factores emotivos en la obra martiana.

El hecho de que Martí le otorgara a la actividad emotiva y volitiva del ser humano una dimensión y una fuerza que el positivismo no había considerado adecuadamente, como en su lugar había hecho con el papel de la razón, no significó en modo alguno que no le otorgara justo lugar a esta última en la actividad humana. Por el contrario, la consideró siempre un componente sustancial de toda construcción humana y, en especial, de la justicia, por su indispensable función epistemológica, que jamás podría ser sustituida por la voluntad de la imaginación.

Indudablemente, el distanciamiento crítico de Martí ante el positivismo, su *humanismo práctico*, su antiimperialismo y latinoamericanismo, en especial su defensa de los valores culturales de *Nuestra América*, así como su postura crítica frente a aquellos que veían el proceso civilizatorio en una perspectiva eurocéntrica —algo que le diferenciaría de Sarmiento—, dejó una significativa huella en la generación antipositivista sui generis que se gestaba en los momentos en que desaparecía físicamente para trascender extraordinariamente por su pensamiento y su ejemplo en aquellos jóvenes del cambio de siglo. Esto se aprecia en el ensayo que le dedicaría Rodó al pensamiento de Martí, del mismo modo que a Bolívar y a Montalvo. De tal manera, el culto por los valores del pensamiento, la cultura y la política en sus mejores expresiones latinoamericanas se incrementarían considerablemente con las nuevas generaciones filosóficas latinoamericanas del naciente siglo XX.

“En la polémica contra el positivismo —sostiene Eduardo Demenchonok— que limitaba el horizonte espiritual, de la sociedad y las perspectivas de su desarrollo, los filósofos latinoamericanos apoyaron la alternativa opuesta a la ideología oficial,

⁴⁶. J. Martí, *op. cit.*, t. XIX, p. 369.

⁴⁷. Véase: P. Guadarrama, “José Martí y el positivismo sui generis latinoamericano”, *Sin fundamentos. Revista Colombiana de Filosofía*. Universidad Libre. Bogotá. N.18. 2013. p. 11-30.

concibieron una nueva visión de la sociedad latinoamericana y de su filosofía, y afirmaron los valores humanistas de la cultura nacional e ideas del desarrollo social independiente. Con ello está vinculado el anhelo creativo de un pensamiento propio, de la filosofía latinoamericana".⁴⁸

La nueva generación antipositivista también se caracterizó por tratar de reconocer el valor de otras tradiciones de pensamiento como las orientales, y en particular las de la India, como se aprecia en José Vasconcelos.

La reacción frente al positivismo no se limitó a su expresión comteana y spenceriana, sino también a sus nuevas formas, como el pragmatismo, el empiriocriticismo y el positivismo lógico. Esta generación mantendría un distanciamiento crítico contra cualquier filosofía que hiperbolizara el papel de la lógica y en general del racionalismo. Fueron comunes las críticas a las abstracciones y a cualquier tipo de ontologización de los conceptos.

Esta postura crítica de las conquistas de la actividad racional sirve para demostrar que la incapacidad teórica del irracionalismo que estaba fundamentada en el criterio de no comprender totalmente la fuerza de los sistemas de abstracción humanos. No comprendía que en definitiva la esencia de lo humano, si bien no puede ser reducida a un concepto, tampoco puede ser reducida a la negación de lo conceptual.

Esa es una de las insuficiencias que caracterizan a las filosofías de corte irracionalista de la reacción antipositivista. El rechazo a la generalización y a la abstracción, así como el intento de no reducir la riqueza de lo humano a lo conceptual, es un contrasentido propio de la filosofía irracionalista que obligatoriamente tiene que operar con conceptos.

El defecto de esta filosofía antipositivista *sui generis* consiste en no otorgarle el adecuado lugar a la conceptualización como vía para el mejor conocimiento del hombre. Ese es un lastre que carga todo el vitalismo y que después arrastra también el existencialismo.

El defecto tanto del positivismo como de la reacción antipositivista radicó en que no prestaban suficiente atención al innegable hecho de que el hombre no conoce de una vez y por todas, sino que va conociendo la realidad paulatinamente a través de verdades relativas con suficiente contenido objetivo de veracidad.

Fue la falta de una visión dialéctica de la construcción de la verdad lo que hizo a varios filósofos latinoamericanos de esta generación antipositivista caer en posturas agnósticas. En lugar de a la abstracción, Vasconcelos, por ejemplo, otorgaba la primacía en el proceso cognoscitivo a las emociones.

Otras filosofías de mayor raigambre racionalista, como la fenomenología y la filosofía analítica, estarían muy distantes de dichas posiciones, aun cuando en la primera el momento irracional de la *intuición eidética* no deja de ocupar un significativo papel en su epistemología. En sentido general la fenomenología, la filosofía analítica y la filosofía de la ciencia de orientación racionalista como en el caso de Popper y Lakatos, reivindicarían el valor del concepto y de la abstracción, mientras que el irracionalismo al estilo de Vasconcelos desembocaba en un exceso crítico indistintamente del positivismo, del racionalismo, el marxismo, y el materialismo vulgar, que en muchas ocasiones confundían y entremezclaban.

Sin embargo, este pensador mexicano reconocía algún efecto favorable del positivismo en general y del mexicano en particular. Esto demuestra que reconoció en el positivismo el valor de la experimentación científica empírica.

⁴⁸. E. Demenchonok, *Filosofía latinoamericana. Problemas y tendencias*. Bogotá, Editorial El Búho. 1990, p. 68.

Uno de los más significativos representantes del positivismo sui generis latinoamericano, José Ingenieros, al rendirle homenaje a José Vasconcelos efectuó un análisis del porqué de la superación de dicha filosofía por la nueva generación, que, “comprendiendo que las fuerzas morales son palancas poderosas en el devenir social, ha tenido ideales y los ha sobrepuesto a los apetitos de la generación anterior, afirmando un idealismo social en el que convergen, un tanto confusamente, varias corrientes filosóficas y literarias. Ese noble idealismo, felizmente impreciso, como toda ideología de transición. No quiere ser una vuelta al pasado lejano y por eso huye del neoescolasticismo; pero tampoco quiere atarse al paso inmediato y por eso desea superar el ciclo del positivismo”⁴⁹.

A finales del siglo XIX esas posiciones filosóficas habían tenido su expresión también en México, y así Vasconcelos en sus críticas hiperbolizaba las limitaciones del racionalismo, a la vez que rechazaba abiertamente el materialismo en general y el marxismo, en particular. Sin embargo, el pensamiento vasconceliano se caracterizaría por una alta sensibilidad respecto a las grandes diferencias sociales existentes, pues en la generación antipositivista se aprecia en sentido general una radicalización en cuanto a su postura crítica frente a la sociedad capitalista, aun cuando no se identifique con el ideario socialista dado el nefasto referente del stalinismo en su época.

Al criticar el marxismo y el positivismo –a los que consideraban especie de harina de un mismo costal–, pensaban que el problema consistía en que ni uno ni el otro valoraban adecuadamente el papel de la individualidad y de la voluntad creadora del individuo.

Por ese terreno desembocaban en un voluntarismo tenaz, como puede apreciarse al considerar que la voluntad es soberana y dispone de la decisión heroica. Así para Korn, la voluntad es el elemento que determina todo en el mundo. De tal modo, la voluntad puede modificar los regímenes políticos, las sociedades y el mundo en general.

Esto da lugar a que Alejandro Korn piense que las sociedades hasta ahora existentes, como la capitalista, no han podido resolver los problemas del hombre porque no han tenido en cuenta el papel de la voluntad. Sostiene que el marxismo constituía un intento fallido por resolverlo, pues pensaba que el socialismo había querido superar las contradicciones existentes entre el individuo y la sociedad, pero no lo había logrado.

En el pensamiento político del dominicano Henríquez Ureña, quien también germinó en esa oleada antipositivista sui generis, se aprecia de igual modo, desde muy temprano, una consecuente crítica al capitalismo por sus efectos sociales. Casi en todos los intelectuales latinoamericanos de mayor talla hay una clara expresión de compromiso político y de identificación con fuerzas que superen a la sociedad capitalista.

En el caso de Pedro Henríquez Ureña se producen incluso manifestaciones más radicales, al coincidir con el cubano Enrique Lluria cuando este aceptaba de Engels que la explotación de la clase obrera constituía una aberración de la sociedad moderna.

En ese sentido Henríquez Ureña llega a confluir con ideas de corte socialista utópico al considerar que la sociedad burguesa ha cumplido su misión progresista especialmente en el plano político, pero debe dar paso a medidas de carácter económico mucho más necesarias a la justicia social.

Aun cuando la generación antipositivista no se identificaba con las aspiraciones de los socialistas, por regla general reconocía que el camino para dignificar al hombre era

⁴⁹. J. Ingenieros, “José Vasconcelos” en *Ideas en torno de Latinoamérica*. (Zea. L. coordinador) México. UNAM. 1986, T. II. p. 1061.

el trabajo, como era su máxima aspiración, y esto no era posible en la sociedad capitalista.

Un rasgo de esta generación antipositivista *sui generis* fue su compromiso político y social por la transformación los países latinoamericanos y el mejoramiento de las condiciones de vida de los pueblos de la región. No fueron intelectuales de gabinete, sino que supieron combinar armónicamente la vida académica con la activa militancia en partidos políticos, en parlamentos, gobiernos, etc.

No se limitaron a generar buenas ideas de perfeccionamiento humano, sino que pusieron todo su empeño en transformar económica, política y socialmente, pero en es especial en el orden cultural y educativo, la sociedad latinoamericana.

Formados bajo la influencia de los filósofos de corte positivista que a finales del siglo XIX estaban de moda en América Latina, paulatinamente rompieron con esta filosofía, aunque siempre le reconocieron algunos indudables méritos. Sus deudas de gratitud con el positivismo la mantuvieron durante toda su vida, de manera que si, para el caso de la original y auténtica recepción de la filosofía positivista en América Latina hemos sostenido la tesis de que se trata de un *positivismo sui generis*, también es válido plantear cierto *antipositivismo sui generis* para la situación de estos significativos pensadores latinoamericanos.

Tanto a la generación positivista como la que reaccionó y fructificó ante ella, así como a las que les antecedieron y sucedieron les tenemos una eterna deuda de gratitud, porque nos han mantenidos con la pupila insomne poniéndonos a pensar sobre problemas imperecederos y novedosos sobre la condición humana y, a la vez, a actuar en correspondencia con los avances de la filosofía, la ciencia, el arte y la cultura en general de nuestra época con el justificado objetivo de perfeccionarla.